



TENDENCIAS

Moda y modos  
**Gillo Dorfles**

EN(GLOBA  
edición

## I. La moda

Nunca el fenómeno de la moda había gozado de tanta actualidad como ahora. Y esto por dos razones aparentemente contrapuestas: por un lado, la llegada de una sociedad consumista que exalta el derroche y la continua alternancia de productos; por otro, la revuelta contra ese mismo consumismo a causa de las recientes crisis económicas y de las fuentes de energía y, con ello, el rechazo al hedonismo por parte de cada vez más amplios grupos sociales, a los oropeles de las instituciones consolidadas.

Pero estas dos alternativas se entrecruzan y unen con otro fenómeno: la representación constante de situaciones de predominio de una categoría de individuos (si no de clases) sobre otras y el reverdecer de impulsos consumistas y mercantilistas derivados precisamente de esta lucha por destacar por parte de los individuos singulares y de las comunidades que contribuyen a formar.

He aquí como justamente en un periodo histórico en que ciertos privilegios de casta, de grupo, de clase, se están atenuando, comparece continuamente la necesidad de distinguirse entre los distintos segmentos que componen la sociedad.

Más aún, mientras asistimos a la consolidación de ciertas conquistas derivadas de la contestación juvenil que *parecen* intentar socavar privilegios e infringir tabúes burgueses, podemos comprobar que estas nuevas formas de revuelta (por lo menos de palabra y por lo que se refiere a la manera de vestir) se dejan impregnar y dominar por la moda. Por los diabólicos y pérfidos halagos de la moda.

En otras palabras: entre la irrupción de nuevas explosiones de revuelta y la persistencia de retrógradas posiciones clasistas o tradicionales en fuerzas hoy en declive, la única auténtica constante que permanece es la moda, la cual, ya sea ostentando accesorios de prestigio como el traje largo de alta costura, ya sea adoptando e *imponiendo* el uniforme de pantalones vaqueros y jersey, continúa hoy como ayer, como mañana y seguramente como siempre, dominando a la humanidad, dueña absoluta de las ambiciones y rivalidades del hombre. Pronto reaparecerá en China, donde podría parecer que ha sido derrotada\*. Incluso en las regiones más pobres del mundo, allí donde el hambre siempre está al acecho.

\* El autor alude al traje azul de algodón impuesto a toda la población tras el triunfo de la revolución maoísta, todavía vigente en la época que fue escrito el texto. (N. de la T.)

Pero la moda no es sólo uno de los más importantes fenómenos sociales –y económicos– de nuestro tiempo: es también uno de los patrones más seguros para medir las motivaciones psicológicas, psicoanalíticas y socioeconómicas de la humanidad. Y es, asimismo, uno de los depositarios del estilo y la manera que orientan y dirigen el diseño aplicado al vestido, la decoración, los tejidos, los objetos, en cada periodo histórico. Es, por ello, uno de los indicadores más sensibles de ese especial “gusto de época” que subyace en la valoración estética y crítica de un determinado periodo histórico.

Éstas son algunas de las razones que me han impulsado a dedicar este breve volumen al problema de la moda. Problema muy discutido, muchas veces tratado, ampliamente conocido, pero casi siempre abordado, o desde un punto de vista histórico (la historia de la moda como historia del vestido, del traje, de los uniformes, etc.), o desde un punto de vista exclusivamente frívolo y mundano (la moda como marea de ropa y prendas, la moda como banalidad hedonista y lúdica). O, incluso, la moda entendida como creadora y conformadora de un particular código lingüístico –tenemos al respecto un tratado preciso y minucioso en el conocido texto de Roland Barthes– cuyas expresiones características vienen estudiadas, si bien no más allá de sus consideraciones semiológicas.

En cambio, mi ambición –aunque el espacio de este texto me impedirá cumplirla plenamente– es considerarla no sólo como vestido, ya sea de alta costura o de *prêt-à-porter*, sino como un factor sociológico y estético que abarca, además del vestido, los objetos, los ornamentos, la decoración, la orientación filosófica, política, científica, literaria; en una palabra, todos los ámbitos que por una u otra circunstancia son rozados por la punta de los dedos de la moda y, por tanto, “manipulados” y sometidos por ella.

Naturalmente no me será posible profundizar en todos ellos: equivaldría a realizar una historia del arte, del vestido y de la sociedad contemporánea, si no de las que le han precedido, cosa obviamente imposible. Tampoco me ha parecido abordable ni realizable un simple resumen histórico de sus más y sus menos: ya se ha intentado y llevado a cabo otras veces una “historia de la moda” y no tiene sentido hacerla en un estudio como éste.

Por el contrario, el objetivo que me he fijado en este trabajo es el de indagar brevemente desde un ángulo esencialmente sincrónico en los aspectos más singulares de la moda de nuestros días, dando por supuestas las vicisitudes que cualquier historia de la moda relata ampliamente.

## II. La moda entre artificio y naturalidad

La perdurabilidad de la moda a través del tiempo, su constante mutación, sus evoluciones e involuciones, su asociación a cualquier acontecimiento histórico (guerras, revoluciones, descubrimientos científicos, decadencia de las costumbres, florecimientos artísticos), nos indican la importancia de intentar averiguar las motivaciones secretas que están en su base y las causas profundas de sus “maquinaciones”.

Efectivamente, el fenómeno de la moda continúa envuelto en una extraordinaria imprecisión terminológica y semántica que ya debería haber sido disipada. La (confusión, constante, entre moda y estilo, moda y vestido, moda y mundanidad) constituye buena prueba de ello.

La propia palabra ha asumido hoy una exquisita connotación de artificialidad: como si indicara algo ligado a una situación decididamente artificial; pero, al mismo tiempo, existe en ella de manera evidente una necesaria correlación con los aspectos más “naturales” del “animal-hombre”. Con todo, los frecuentes intentos de hacer derivar el vestido humano de algunas vistosas peculiaridades del “vestido” animal (las barbas de los pavos, las plumas de los pavos reales, las pieles multicolores de las fieras, etc.), demuestran que en el hombre, a diferencia de lo que ocurre en los animales, la variedad y multiformidad en el vestir no sólo son fundamentales, sino que siempre implican algo de invención, algo superpuesto, algo cambiante, en contraste con la inmutabilidad, la ausencia de autonomía del vestido animal. Y esto, a pesar de ser muy probable que el hombre se haya “inspirado” para sus vestidos y adornos en las involuntarias decoraciones animales, y a pesar de haberlas utilizado directamente (plumas, penachos, pieles naturales o trabajadas, cueros, etc.).

El hombre no es, pues, verdaderamente “natural” –seguramente desde los albores de la vida comunitaria en esta tierra– si no se añade a su cuerpo un *quid* que podrá ser, según los casos, el traje, el uniforme, la ornamentación, la máscara, el tatuaje, la pintura corporal e incluso las diferentes mutilaciones y deformaciones rituales utilizadas por los hombres primitivos (y también por los actuales) para diferenciar de alguna manera su yo del de los otros y de esta manera “personalizar” el propio cuerpo a través de un elemento que “aporta” algo a su pura y simple naturalidad. Y, valga este inciso, es quizá esta necesidad de diferenciarse de los demás y de “personalizarse”, lo que convierte en ingenuo y contraproducente cualquier inten-